



CAPITULO IV

Muerte de Carlota Corday (19 Julio 93)

Interrogatorio de Carlota Corday.—Su prisión.—En el tribunal.—Sus últimos momentos.—Su ejecución (19 Julio 93).—La religión del puñal

Entra precipitadamente la querida de Marat, el comisario... Encuentran á Carlota Corday como petrificada cerca de la ventana. El hombre le da un silletazo en la cabeza y cierra la puerta impidiendo que salga. Carlota no se mueve. A los gritos se pone en movimiento el vecindario, los transeuntes. Se llama á un cirujano que no encuentra ya más que un cadáver. Entretanto la guardia nacional impide que la gente despedace á Carlota Corday. Le sujetan las manos, de las que ya no quería servirse. Un peluquero del barrio empuña el cuchillo que dió muerte á Marat y lo blandió amenazando á Carlota con hundírselo en la garganta. Carlota permaneció inmóvil. Lo único que la conmovió fueron los gritos de Catalina Marat. Esta le dió la primera y penosa idea de que «después de todo Marat era un hombre.» Ella misma lo confesó. Parecía querer decir: «¿De suerte que Marat era amado?»

Pronto llegaron los diputados que esperaban ver á un monstruo. Extrañeza les causó contemplar á la hermosa Carlota, seria, severa, atadas las manos, respirando aun agitadamente, sintiendo aun la furia que le sobrecogió al matar á Marat.

Sin énfasis, pero sin timidez, confesaba aquella señorita que *si hubiera podido se hubiese escapado*. Estas son las contradicciones de la naturaleza. En una alocución á la Francia que le fué encontrada encima decía anticipadamente *que ella quería perecer* para que su cabeza llevada á París fuera como el nudo que atara á todos los amigos de las leyes.

Otra contradicción. Dijo y escribió Carlota que esperaba *morir* desconocida. Y, sin embargo, se le encuentra la partida de bautismo y su pasaporte que la identificaron.

Los demás objetos que se la encontraron revelaban la tranquilidad de su espíritu. Un dedal, hilo, una llave, un reloj, un poco de dinero. El hilo y las agujas lo llevaba expresamente para remendar en la cárcel los desperfectos que en su traje pudiera causar una violenta detención.

El trayecto hasta la Abadía apenas si dura dos minutos. Pero fué muy peligroso. La calle estaba atestada de amigos de Marat, de cordeleros que furiosos lloraban, agitaban locamente los puños, dando gritos dislocantes, pidiendo el cuerpo del asesino. Carlota aceptó de antemano todos los géneros de muerte, excepto el ser descuartizada. Dícese que se debilitó un momento, creyéndose encontrar enferma. Llegó á la Abadía.

Interrogada por la noche de nuevo por los miembros del comité de Seguridad general y por otros diputados, demostró no solamente una gran tranquilidad, si no aun cierta alegría.

Legendre, hinchado con el aire de su importante papel, creyéndose ingenuamente digno del martirio preguntóle: «¿No vinisteis ayer á buscarme vestida de religiosa?—El ciudadano se equivoca, dice ella con tierna sonrisa. Yo no quería más que matar á Marat porque su vida entrañaba la muerte de la República.»

Tanto Chabot como cuantos la interrogaron sufrieron despecho al observar que Carlota no era enviada en los girondinos de Caen. En el interrogatorio á que el imprudente Chabot la sometió por la noche sostuvo que aun ocultaba un documento en su seno, y aprovechándose cobardemente de que con las manos atadas Carlota estaba indefensa, puso sus manos sobre ella, pero tan tremendo empujón le dió que se rompieron los cordones del corpiño y quedaron al descubierto sus virginales pechos. Todos se enternecieron ante tan heroica defensa de su castidad y la desataron para que pudiera componerse.

El día 16, de la Abadía fué trasladada á la Conserjería, donde escribió una carta dirigida á Barbaroux, demostrando una perfecta tranquilidad de espíritu.

Esta carta, leída al día siguiente en todo París, hizo creer que Caen estaba infestado de ardientes girondinos.

Lo que parece indicar que su calma era más bien calculada que sincera es que cuatro veces cita en ella el motivo que le impulsó á matar á Marat: la paz, el deseo de paz. Después escribió á su padre, pidiéndole perdón por haber dispuesto de su vida.

Si hay que creer en una nota transmitida por el pintor que la retrató en la cárcel, ella mandó que le hicieran una gorra blanca para el día en que se celebrase su juicio.

Nombró abogado suyo á un sobrino de la abadesa de Caen, Doubet de Pontecoulant; pero éste recibió tarde la carta.

¿Qué sistema de acusación se seguiría? El crimen se atribuyó á las ideas federalistas.

Fouquier-Tionville escribió al comité de Seguridad general que ella había sido querida de Belsauce y que había querido vengar á este y un pariente suyo, Biron, á quienes había acusado.

El público no se equivocó. Todo el mundo comprendió que Carlota Corday había obrado por impulsos propios y que nada tenía que ver con los federales. La guió su fanatismo, su abnegación: «Cuando apareció ante el tribunal, el auditorio se sintió sobrecogido. Parecía que ella había comparecido para juzgar á los demás y llamarles ante un tribunal supremo. Se han podido pintar sus rasgos, reproducir sus palabras, pero ningún arte pudo grabar su alma respirando entera por su fisonomía, el efecto moral de sus palabras, imposibles de expresar.»

«¿Quién os inspira esos odios?—No tengo necesidad del odio de los demás.»

«Ese acto os ha debido ser inspirado por alguien.»—«Mal ejecuta quien no concibe por sí mismo.»

«¿Qué aborrecéis en Marat?—Sus crímenes.»

«¿Qué esperabais conseguir al matarlo?—Hacer la paz de mi país.»

«¿Entonces creeréis que habéis muerto á todos los Marat?—Muerto éste los demás sentirán miedo.»

«¿Cuándo concebisteis el proyecto de matarlo?—Después del 31 de Mayo, cuando arrestó aquí á los representantes del pueblo.»

El presidente la somete á un largo y cansado interrogatorio. «¿Qué respondéis á todo esto?—¡Nada: que he triunfado!»

Únicamente se desmiente en un punto. Dijo que en Caen había 30.000 hombres. Seguramente quiso asustar á París.

Sin embargo, en muchos momentos de su declaración se vió que no permanecía su corazón extraño á su naturaleza de mujer.

Cuando le enseñaron el cuerpo del delito, dijo apartando la mirada del sangriento cuchillo: «Sí, sí, lo reconozco.»

Fourquier-Tionville hizo observar que la herida era de arriba á abajo. De otro modo hubiera podido tropezar la punta con una costilla y herirle solamente.

«Parece que os habéis ejercitado.»—«Oh, monstruo—contesta Carlota—me habéis tomado por un asesino.»

Estas palabras hicieron el efecto de una explosión. Los debates debieron suspenderse inmediatamente cuando tan solo habían durado media hora.

El presidente Montané quiso salvarla y cambió la fórmula que debía proponer á los jurados contentándose con decir: «¿Cometió el crimen con premeditación?» suprimiendo la segunda parte de la fórmula: «¿Y con intento criminal y contrarrevolucionario?» Lo que le valió ser arrestado algunos días después.

Por salvarla el presidente y los jurados, por humillarla hubiesen querido que la hubieran dado por loca. «Su calma y su abnegación

sublimes son todo un informe...» dijo Montané. Estas palabras lo pusieron cerca del patíbulo.

Al terminar la sesión Carlota agradeció la generosa defensa de Montané.

Cuando fué devuelta á los calabozos la visitó un cura, á quien despidió cortésmente diciéndole: «Dad en mi nombre las gracias á quienes os han enviado.»

Durante la audiencia observó que un pintor sorprendía sus rasgos. Después del juicio hizo que lo llamaran y le entregó los últimos instantes; Mr. Hauer, el pintor era comandante de los Cordeleros. A este título debió poderse quedar con ella, sin más compañía que un agente. Hablaron de cosas indiferentes. Ella le rogó que reprodujera el retrato en pequeño y lo enviase á su familia.

Al cabo de hora y media se abrió dulcemente una puertecilla que había detrás de ella. Entró el verdugo. Carlota volvió la cabeza, y al ver la camiseta roja no pudo reprimir un movimiento de sorpresa. Después dijo: «¿Ha llegado ya el momento?» Se levantó y dijo á Mr. Hauer: «Señor no sé como agradeceros el interés que os habéis tomado por mí: nada tengo aquí para ofreceros, pero tomad un recuerdo.» Cogió las tijeras del verdugo y se cortó un hermoso bucle de los que flotaban sobre su frente y se lo dió á Mr. Hauer. Los gendarmes y el verdugo estaban conmovidos.

Cuando subió á la carreta, la muchedumbre, animada por dos fanatismos contrarios de furor y admiración, se agolpó hacia ella contemplando sus hermosas líneas, su serena mirada; aquella víctima conmovió á las gentes, y la pasión humana estalló, asociándose moralmente al pueblo. Pero fué como un huracán pasajero, parecía huir delante de ella. Los reflejos del sol sobre su roja manteleta daban la impresión extraña y fantástica de algo que no se había visto. Era la Némesis revolucionaria. Danton, Camilo Desmoulins y Robespierre la contemplaron con respeto. Turbó los corazones, causó asombro.

Los observadores que la siguieron hasta el último momento, médicos, literatos, sintieron sobrecogidos. Aun los más valerosos sentenciados se sostenían hasta llegar al patíbulo cantando himnos patrióticos. Demostró Carlota una calma perfecta, grave, ante los gritos de la muchedumbre.

Llegó á la plaza como rodeada de la aureola del martirio, transformada, dueña de una soberana majestad.

Un médico que no la perdió de vista dijo que palideció un poco cuando vió el cuchillo, pero que sus colores reaparecieron. Subió con paso firme. Sintióse herida en su pudor cuando el verdugo fué á arrancarle su toca. Ella misma avanzó hacia el cuchillo.

Cuando cayó su cabeza, un carpintero maratista que ayudaba al verdugo, la cogió por los cabellos brutalmente y la mostró al pueblo, cometiendo la ferocidad indigna de abofetearla. Un murmullo de repro-

bación y horror recorrió la plaza. Se creyó que la cabeza enrojecía. ¿Fué un simple fenómeno de óptica? La muchedumbre turbada tenía en sus ojos los rayos del sol que penetraban por el ramaje de los árboles de los Campos Eliseos.

La Comuna de París y el tribunal dieron satisfacción al sentimiento público metiendo en la cárcel al sanguinario carpintero.

La impresión general, á pesar de los gritos poco numerosos de los maratistas, fué de admiración y dolor. Se puede juzgar por la audacia de la *Chronique de Paris* que publicó un elogio, casi sin restricción, de Carlota Corday.

Muchos hombres sintieron daño en el corazón. Se ha visto la emoción del presidente, del abogado, joven tímido que esta vez realizó un acto heroico. El pintor no sufrió menos. En aquel mismo año expuso un retrato de Marat, quizás para justificar el de Carlota, pero su nombre ya no figura más en ninguna exposición. Quizás no quiso pintar más después de realizar aquella obra fatal.

Los efectos de la muerte fueron terribles. Se sentían deseos de morir. Su ejemplo, su calma, su estoicismo, eran seductores, sugestivos. Alguien que la vió morir sintió deseos de seguir su sombra á través de los desconocidos mundos de la muerte. Un joven alemán que vino á Francia para pedir la anexión de Mayence imprimió un folleto en el que pide su muerte para unirse á Carlota Corday. Este infortunado que llegó con el corazón henchido de entusiasmo por la Revolución no pudo soportar el temprano eclipse de este ideal.

En sus melancólicas reflexiones, cuando la libertad le parecía perdida, la ve resucitar en Carlota Corday, admirable, intrépida, encantadora ante el tribunal, majestuosa y sublime sobre el patíbulo.

«Creo en su valor, pero adivino la dulzura de su alma tierna en sus miradas de encantadora pureza.»

«¡Oh imperecederos recuerdos! ¡Emociones amargas y dulces como jamás sentí! Estas sostienen en mi alma el amor á esta patria por la cual quiso morir y de la que por adopción ya soy su hijo! ¡Quiero morir en el altar de la guillotina!»

«Alma pura y santa, corazón místico, amaba á Carlota Corday, no á la homicida.»

«Se tiene derecho á matar al usurpador, al tirano, pero éste no era Marat.»

¡Admirables sentimientos! Contrasta la dulzura de su alma con la violencia de un gran pueblo que se convierte en ferviente partidario del asesinato. Hablo del pueblo girondino como del de los realistas. Su furor sentía la necesidad de un santo y de una leyenda. Carlota despertaba recuerdos muy distintos á los de Luis XVI, mártir vulgar, que no tuvo de interesante más que su desgracia.

De la sangre de Carlota Corday surge una nueva religión: la del puñal.

Andrés Chenier escribe un himno á la nueva divinidad.

*O vertu! le poignard, seul espoir de la terre.
Est ton arme sacrée!*

Este himno, renovado incesantemente en todos los países, reaparece en el *Himno al puñal* de Puschkine.

El antiguo creador de los himnos heroicos, Bruto, pálido recuerdo de una lejana época, se encuentra transformado en una nueva divinidad más poderosa y seductora.

¿Los que sueñan esos grandes golpes que figuran en la historia son asesinos vulgares? ¿Qué ven en sus sueños? ¿Son estos el fantasma de Bruto?

No; son como la divina Carlota; aparecen como ella bajo el fulgurante rojo de su toca, envuelta en una aureola sangrienta, recibiendo los postreros rayos del sol de Julio, bajando hasta ella nubes de púrpura...

